

EL MITO DA MUCHO TRABAJO

Francisco José MARTÍNEZ
UNED

Hans BLUMENBERG: *Trabajo sobre el mito*, traducción de Pedro Madrigal. Paidós. Barcelona, 2003, 688 pp.

La obra objeto de esta recensión es una de las más importantes del filósofo alemán, fallecido en 1996, Hans Blumenberg. Este autor del que poco a poco se van traduciendo sus escritos es una *rara avis* en el panorama filosófico contemporáneo. Alejado de las modas y las escuelas, ha ido desarrollando una ingente obra en la que el tema recurrente ha sido la modernidad y sus diversas formas de manifestación, destacando sus conexiones con el mito y su basamento en una serie de metáforas fundamentales, que Blumenberg denomina absolutas para remarcar el hecho de que dichas metáforas no pueden ser reducidas y convertidas en conceptos. Partiendo de la idea nietzscheana de que todo concepto es una metáfora desgastada que ha perdido su carácter de metáfora viva, vigente, nuestro autor ha rastreado una serie de metáforas que han sido fundamentales en el desarrollo de la cultura occidental. La metáfora es un modo de conocimiento, caso particular de lo que nuestro autor denomina «inconceptuabilidad», paralelo al conceptual y no meramente un anticipo o un auxiliar del mismo. Ambos tipos de conocimiento están al servicio de nuestra relación vital con el mundo y no podemos renunciar a ninguno de ellos. No toda la experiencia vital puede ser objeto de una expresión unívoca como la que constituye el lenguaje científico, pero esto no significa que lo inefable no pueda ser expresado de alguna manera en el lenguaje. El ejemplo más claro de este intento de decir algo acerca de lo que nada podemos conocer lo tenemos en los denodados esfuerzos que místicos y teólogos han realizado para poder expresar algo acerca de Dios.

La tesis del libro comentado es que la Ilustración no ha acabado con el mito, que éste sigue dando trabajo y que igual que la metáfora camina paralela al concepto como modos de relacionarse con la realidad, el mito y la ciencia son dos

modos de relacionarse con el mundo que no son sustituibles el uno por el otro. El mito no ha sido sustituido por el *lógos*, antes bien el propio mito no deja de ser una forma del trabajo del *lógos* sobre la realidad, el mito es un modo de rendimiento del *lógos*. Por ello, la verdadera oposición no discurre entre el mito y el *lógos*, sino entre el mito y la ciencia, ya que a pesar de que el mito en comparación con otras formas de representación como la teórica, la dogmática, la mística, etc. presenta menos seguridad, certeza, fe, realismo, intersubjetividad, etc. no deja de constituir una «satisfacción de expectativas inteligentes». El mito con su capacidad de otorgar significación a las cosas es un paso decisivo en los esfuerzos humanos por comprender y dominar la realidad. El mito es una de las provincias del *lógos* que tiene por función principal la domesticación de la realidad, la humanización del mundo a través de la elaboración de los horrores de lo desconocido y lo prepotente, produciendo su conversión en algo más familiar y además despotenciado, con un poder soportable por la debilidad humana, que si abordara sin este filtro la realidad parecería fulminada por el poder incontrolable de ésta. El mito a través de sus imágenes otorga un rostro (y un nombre) a lo inquietante, a lo no familiar de la realidad que se presenta sin rostro, informe e indeterminada, inmanejable en suma.

Frente a la ciencia el mito se ha caracterizado por su pretensión de totalidad y además porque introduce elementos de valoración de las cosas que la ciencia elude. En los mitos el ser humano valora las cosas según la importancia que tienen para él, mientras que en la ciencia los elementos valorativos tienden a anularse. Esto se debe a que mientras que el sujeto de los mitos es el hombre finito, limitado en el tiempo y consciente de su caducidad, el sujeto de la ciencia es un sujeto trascendental cuyo horizonte temporal es, en principio, indefinido. La significación que los mitos otorgan a las cosas, por un lado, las ensalzan al añadir un suplemento de sentido a los meros hechos desnudos, pero por otro las despotencian y de esta manera ayudan a mitigar su insoportabilidad.

El mito no es una mera carencia de ciencia, ya que entonces habría desaparecido cuando ésta hubiera alcanzado un desarrollo suficiente. Pero, al contrario, la permanencia del mito en la época de la ciencia, el hecho de que «el mito siga dando trabajo», nos siga dando trabajo, alude a su insustituibilidad debida al hecho de que es una forma de tratamiento con elementos esenciales del mundo de la vida que se resisten a una conceptualización completa. En concreto, la aproximación al origen y a la totalidad siempre son míticas, ya que nunca habrá

una experiencia reglada, científica, de los límites del mundo. En los límites, así como en el origen y en el infinito, las ecuaciones no están definidas, divergen y dejan de tener sentido y por ello en estas cuestiones la aproximación mítica, más o menos consciente, más o menos racionalizada no es eliminable nunca del todo. En terminología lacaniana, lo simbólico jamás podrá agotar y expresar sin residuo lo real, que siempre deja un resto, que siempre se da como un resto inasimilable. El mito es una expresión de la resistencia que el ser humano presenta frente a los intentos de la modernidad por eliminar toda contingencia del acontecer; la permanencia del mito en la modernidad nos recuerda que nunca se puede controlar completamente una realidad que se define por su contingencia e imprevisibilidad. Mientras que la ciencia moderna es una empresa gigantesca de reducción de la posibilidad y en ese sentido cada teorema esencial es la afirmación de una imposibilidad (no es posible crear energía ni destruirla sino sólo transformarla; no es posible que la energía pase de lo frío a lo caliente, etc.), el mito tiene la función de recordarnos que hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que contemplan nuestras limitadas filosofías y que lo real se mantiene siempre abierto a lo nuevo y a lo imprevisible. El mito se sitúa pues entre el horror desnudo ante lo pavoroso de la realidad indominada y la confianza bobalicona en que la ciencia acabará definitivamente con el misterio y será capaz de dominar de forma completa la naturaleza.

El mito ha sido la forma inicial de enfrentarse con lo que Blumenberg denomina «el absolutismo de la realidad», es decir, ese carácter de indominado y de horroroso que la realidad presenta frente a la impotencia del hombre para dominarla. El mito crea un distanciamiento respecto a lo siniestro, a lo inquietante de la realidad, y en ese sentido es un producto de la humanidad que trabaja y elabora lo que le desasosiega, a saber, el hecho de que el mundo no sea transparente para el hombre. De la misma manera que la tragedia, el mito al establecer el distanciamiento derivado de la mimesis, de la representación de la realidad, permite soportar lo insostenible debido a que la representación con el distanciamiento que supone permite experimentar lo insostenible en pequeñas dosis al introducir una separación frente a lo descomunal de la realidad global. El mito es un dispositivo de imágenes y de historias cuya función es disminuir el horror que nos produce la realidad. Esta disminución del horror comienza con la imposición del nombre a las cosas que tiene como resultado el convertir la realidad de algo inhóspito e inquietante en algo más familiar y accesible. El nombrar las cosas es uno de los primeros métodos de control de las mismas. La función del mito consis-

te en otorgar al hombre un ámbito de relativa seguridad en el que vivir al despotenciar la primacía de las fuerzas naturales. Una de las formas de despotenciar el poder de la realidad consiste en delimitar en la misma una serie de regiones, de ámbitos distintos cada uno con su legislación específica, como se ve en los panteones, especialmente en el Panteón clásico en el que cada región de la realidad se atribuye a un dios distinto, que la rige con su forma genuina de ser. Esta atribución de legalidades específicas supera la arbitrariedad del mundo y de las fuerzas que lo gobiernan y permite en cierta manera controlar dichas fuerzas.

El mito consolida como un cosmos, es decir como un todo ordenado, la dispersión en que se presenta el mundo y pone, al mismo tiempo, límite a cualquier absolutismo que pudiera surgir en este proceso de puesta en orden del caos y de constitución del mundo como cosmos. Podemos ejemplificar esta forma de operar del mito con la figura de Zeus: por un lado tiene el suficiente poder para evitar que los monstruos pasados y los rebeldes actuales pongan en peligro el orden del mundo, pero, por otra parte, este poder no es omnímodo, no le permite cumplir todos sus deseos ya que entra en conflictos con otros dioses que también tienen una parte de poder en la esfera de sus competencias y regiones atribuidas.

Hemos visto la distinción entre el mito y la ciencia relativa a la tensión que el mito presenta hacia la totalidad, mientras que la ciencia siempre es limitada y parcial en sus pretensiones. Pero hay otra distinción que enfrenta al mito no sólo con la ciencia sino con cualquier actividad teórica, como la filosofía, por ejemplo. Esta distinción radica en que el mito no trata de responder preguntas sino que más bien plantea las cosas en un ámbito que impide el mero planteamiento de cualquier cuestión. Las historias míticas no pretenden responder preguntas sino más bien eliminar la sensación de malestar e inseguridad que llevaría al ser humano a plantearse preguntas, y de esta forma obtura la posibilidad misma de la pregunta. Se sitúa en lo incuestionable no porque se niegue a contestar sino porque con sus imágenes e historias evita el planteamiento mismo de cualquier pregunta. El mito actúa antes de que la cuestión se agudice y para que no llegue a agudizarse.

El mito también se distingue del dogma en que mientras que el primero considera las parábolas y en general las imágenes y las historias como un medio adecuado para acercarse a una realidad que se muestra como desconocida e incognoscible, el dogma considera las imágenes, las metáforas y las alegorías sólo como

un trabajo preparatorio para la elaboración conceptual. Por otra parte, el dogma plantea sus afirmaciones como una respuesta a una serie de preguntas previas, mientras que el mito, como acabamos de ver, se sustrae a la posibilidad misma del cuestionamiento. El pensamiento al hacerse dogmático no sólo reemplaza las imágenes y las historias míticas sino que niega su valor ya que dichas figuras no pueden considerarse como respuestas a una serie de preguntas. En esto el mito se aproxima a la mística que también rechaza la idea de que busca y da respuestas a preguntas previas y se separa en cambio de la filosofía que pregunta sin tregua, al contrario que el dogma que sólo refrena las preguntas que van más allá de lo permitido poniendo en peligro el núcleo de verdades irrenunciables. Además el mito dado su pluralismo, heterogeneidad y apertura no sostiene una idea fuerte de verdad única (lo que no quiere decir que no tenga una cierta idea de verdad) y esto concede mayor libertad que la permitida por el dogma que siempre tiende a la unidad y a la ortodoxia. En el mito no hay adeptos y por lo tanto, tampoco hay herejes.

En este libro enciclopédico Blumenberg ejemplifica la teoría sobre el mito resumida en las líneas anteriores a través del análisis exhaustivo de varios mitos centrales en nuestra cultura: el retorno de Ulises a lo originario, el mito de Prometeo como ejemplo de que el poder de Zeus no es ilimitado, los mitos gnósticos y su relación con la dogmática cristiana, el mito de Fausto en sus diversas variantes. En una recensión no es posible ni siquiera plantear la riqueza de los desarrollos que lleva a cabo el autor y por ello nos limitamos a recomendar vivamente la lectura de este libro cuya sabiduría y penetración alcanza cotas difícilmente igualables en la filosofía contemporánea.